

LA TRAGEDIA DE JUAN BOSCH

Francisco Dorta-Duque, S. J.

El autor, jesuita cubano, que ha residido en Santo Domingo y recorrido la isla en sus estudios sobre reforma agraria, nos ofrece una información de primera mano sobre los actuales e infortunados sucesos de esa agitada nación.

Hace un año dí una conferencia sobre reforma agraria en la Universidad de Santo Domingo. El período de preguntas y respuestas me sirvió de base para una especie de diagnóstico del país. Las preguntas de los estudiantes reflejaban una profunda frustración, que tomaba la forma de una jactancia rebelde y agresiva. Rechazaban sistemáticamente toda sugerencia de soluciones graduales para los problemas agrarios del país. Al fin de ese tiempo, pregunté cómo pensaban ellos que debía hacerse en Santo Domingo la reforma agraria. La respuesta fue definida, inmediata y unánime. Los doscientos estudiantes gritaron a una sola voz: "¡Revolución!"

Aquel mismo día, a medianoche, una violenta explosión sacudió a la ciudad de Santo Domingo y sus alrededores. En el campamento militar 27 de Febrero, que está separado de la ciudad solamente por el estrecho río Ozama, había estallado el polvorín. Fue imposible dormir durante el resto de aquella noche, porque las detonaciones de los proyectiles que estallaban prosiguieron hasta el amanecer. Al día siguiente, el "privilegio" universitario (la ley tradicional que excluye a la policía de los terrenos de aquella) fue suspendido, y la policía nacional entró en procura de estudiantes presuntamente implicados en la explosión del polvorín.

Ambas experiencias mías, una en el terreno de las ideas y otra en el de la violencia, eran síntomas de una situación política que evidentemente se habían hecho críticas. La inconformidad mostrada por los estudiantes que clamaban "¡Revolución!", no estaba limitada a ellos. El descontento de los civiles tenía el apoyo de oficiales del ejército, sin cuya ayuda nadie hubiera podido encontrar acceso a los depósitos de municiones. Un año más tarde, estudiantes jóvenes y oficiales jóvenes del ejército iban a derribar al gobierno del triunvirato encabezado por Reid Cabral y a pedir la vuelta del Presidente constitucionalmente elegido para la República, al que un golpe de estado había sacado de su oficio precisamente diecinueve meses antes.

Mientras la República Dominicana permanecía estancada bajo los 30 años de dictadura de Trujillo, otras naciones de América Latina estaban realizando, en una u otra forma, un grado de desarrollo económico, de avance social y hasta de estabilidad política. Por contraste, los líderes intelectuales y el pueblo de la República Dominicana se sentían humillados en el nuevo mundo de la postguerra, mientras iban brotando varias naciones libres, incluso antiguas colonias africanas. Todo esto tenía que contemplarlo el ciudadano patriota, mientras sufría en silencio en su prisión política. Trujillo, dedicado a tomar todo el poder en sus manos, monopolizaba las iniciativas económicas y aun culturales del país. El progreso personal del ciudadano de Santo Domingo estaba en muchos aspectos ligado a la caprichosa voluntad de Trujillo.

Con la muerte del dictador, los dominicanos comenzaron a aspirar a la libertad. Esta explosión libertaria se reflejaba en un espíritu de anarquía que duró muchos meses. "¡Abajo todo el que se levante!" (para ser Presidente de la República) llegó a ser un grito popular. Tres importantes factores llevaron a la sucesión de gobiernos que se siguieron durante los próximos meses: el legítimo deseo popular de arrancar de la vida pública todo vestigio del régimen de Trujillo; la falta de administradores preparados para el gobierno, acostumbrados a ejercer autoridad delegada; y la ausencia de una tradición de gobierno representativo.

Eventualmente se fijó una fecha para elecciones. Estas se celebraron según principios democráticos bajo la supervisión de la Organización de Estados Americanos. Dos terceras partes de los electores dieron su voto a Juan Bosch, el primer presidente constitucional elegido por sufragio popular, después de largos años de violencia y esclavitud política. El había prometido restaurar la democracia, promover el desarrollo económico, introducir la justicia social y hacer muchas cosas más. Por fin, el ciudadano dominicano, además de sentirse libre, se sintió dueño de su propia suerte mediante un representante elegido por un voto mayoritario.

Tal vez, durante los siete meses entre su toma de posesión y su deposición en septiembre de 1963, Juan Bosch no tuvo oportunidad de demostrar su capacidad para gobernar. En general, es difícil no ser crítico al enjuiciar su gobierno. Su capacidad administrativa quedó muy a la zaga de sus talentos como orador, escritor y poeta. Imperioso de maneras, discutía autoritariamente, aun con sus mismos partidarios, sobre problemas de gobierno. Después de largos años en el destierro, muchos observadores tenían dudas sobre su familiaridad con el pueblo y los problemas nacionales.

De acuerdo con sus principios democráticos, que pueden describirse como enteramente liberales, Bosch llevó al país una libertad de expresión nunca antes experimentada por la actual generación dominicana. A juicio de muchos, su mismo idealismo le impidió llevar adelante proyectos constructivos y mantener dentro de límites las actividades de los grupos comunistas.

La oposición, por otra parte, aunque ahora disfrutaba de libertad de expresión, carecía de experiencia y equilibrio para ofrecer alternativas constructivas y así dirigir la política algo demagógica de Bosch por el camino de la buena administración. Se veían frustrados por su hábito de nunca contestar a sus críticas frecuentemente verdaderas. Bosch prefería hablar acerca de un punto sin definir su posición. No quería resolver las dificultades; más bien se dejaba llevar por comparaciones y por argumentos "ad hominem".

La tendencia de Bosch era disminuir el poder de los militares y de los ricos, y así se los enajenó. Al mismo tiempo, con el pretexto de impedir los incendios en los bosques (a veces intencionales) y sobre todo en los campos de caña, alentó la creación de una especie de milicia entre sus jóvenes seguidores. El ejército interpretó esto como una táctica castrista dirigida a contrarrestar a los militares. Además, había rumores de embarques de armas desde Cuba para aumentar el arsenal creciente de la milicia. Dentro del mismo ejército, los jefes militares estaban contemplando una peligrosa infiltración comunista también en el mismo servicio civil.

Una de las pocas acusaciones hechas contra Bosch en el terreno de malversación de fondos públicos se refería a una suma de varios miles de pesos, destinada a gastos presidenciales, para financiar el establecimiento de la milicia. Aparte de esto, los informes confidenciales que yo recibí me convencieron de su integridad en el manejo del dinero público. Supe también directamente del disgusto de algunos extranjeros, que habían ayudado antes en el exilio a Bosch, y cuando fue Presidente se le acercaron para ciertos favores en negocios. Bosch se mantuvo firme para proteger los intereses de sus conciudadanos y se negó a cooperar.

La acusación de comunismo, que eventualmente llevó a la caída de Bosch, tomó diversas formas. Para algunos, Bosch mismo era comunista. Para otros —tengo que incluir en este grupo a varios generales que cooperaron decididamente en el golpe de estado— el Presidente Bosch no era comunista, pero ingenuamente perseguía políticas que hubieran permitido a los comunistas tomar el poder. A sus ojos, esa política no sólo dejaba de reprimir la exuberante actividad marxista en el país, sino que estaba debilitando la fuerza de los militares para oponerse a ella. Para ambos campos, los que creían que Bosch era comunista y los que pensaban que su política era procomunista, su caída era necesaria.

Al organizar el Instituto Agrario Dominicano, cuya función principal era distribuir las tierras de Trujillo y desarrollar un programa de reforma agraria, Bosch tomó los servicios de un equipo extranjero. Hice un esfuerzo especial para entender la ideología y las tácticas de la reforma agraria de Bosch. Es uso corriente de los comunistas en este hemisferio usar la reforma agraria para destruir la fuerza económica de la clase terrateniente y concentrarla en manos del Estado. Esto lo hacen dividiendo la tierra o por medios más directos, que varían de acuerdo a las distintas tendencias dentro del marxismo latinoamericano. Su objetivo último, por supuesto, es crear un país socialista. Todavía estaba fresca en mi memoria la estrategia que Fidel Castro usó en Cuba, porque tuve a mediados de 1959 la oportunidad de viajar por todo mi país mientras el gobierno cubano estaba empeñado en destruir la clase terrateniente. En mis frecuentes contactos con personas responsables de la dirección y adelanto de la política del Instituto Agrario Dominicano, no pude descubrir ninguna señal de comunismo. Ni tampoco la pudieron hallar los técnicos internacionales que colaboraron conmigo en mis estudios sobre el proceso de la reforma agraria en la República Dominicana.

Apenas se había posesionado Bosch de su cargo, cuando se establecieron un número de escuelas para preparación política. Había un persistente rumor —algunos lo daban por un hecho— de que esas escuelas estaban entrenando a la juventud en la doctrina marxista. Tuve cierto contacto con alguna de las más importantes de esas escuelas y con maestros que venían a ellas de diversos países. Uno de ellos era un cubano cuyo firme anticomunismo aun en las clases me era confirmado por testigos de confianza. Hablé también, en otro contacto, con varios estudiantes dignos de confianza en la escuela. Me dijeron que el marxismo se enseñaba en ella, pero que era asimismo efectivamente refutado. Pocos meses después de la caída de Bosch, un diario de los Estados Unidos parecía confirmar que esa escuela, supuesta-

mente comprometida en la indoctrinación marxista, estaba financiada por fuentes americanas, incluso la CIA.

¿Cuáles son los factores psicológicos que explican la posición de las personas conscientes y bien intencionadas, tanto militares como civiles, que dicen sin duda que el gobierno de Bosch era por lo menos pro-comunista? No hay duda de que los ricos terratenientes e industriales estaban listos a creerlo, porque su verdadero interés era solamente proteger sus posesiones y bloquear las reformas sociales que la nación necesitaba. Pero la acusación estaba ampliamente difundida. Venía no sólo de los ricos o de los militares ambiciosos o de los políticos egoístas, sino de muchos sectores.

Debemos recordar que durante los años del Trujillismo, ni siquiera un folleto con ideas marxistas se permitía en el país. De improviso, con la caída de Trujillo, la propaganda comunista empezó a saturar todos los aspectos de la vida nacional, especialmente en lo cultural. Los centros de indoctrinación comunista empezaron a preparar líderes; maestros con mentalidad comunista empezaron a difundir sus enseñanzas; y grupos marxistas en la Universidad dejaron de ocultar su militancia. Durante sus siete meses en el cargo, Bosch no hizo nada por contener la campaña comunista; parecía ignorarla.

El ciudadano dominicano común y corriente no estaba acostumbrando a este despliegue de fuerza marxista y se alarmó. Un uruguayo, un mexicano o un chileno, acostumbrados a la actividad comunista, no hubieran estado tan perturbados; pero para los dominicanos, el marxismo parecía irse haciendo irresistible. A las personas con tal mentalidad, la presencia de Fidel Castro en la vecina isla de Cuba era una nueva causa de temor. Si los comunistas pudieron tomar el poder en Cuba cuando Batista cayó, ¡cuánto más fácil les hubiera sido apoderarse de una república todavía vacilante después de la caída de Trujillo!

Este miedo a la penetración por las fuerzas de Castro se agravó por dos factores. El primero fue que durante la era trujillista Fidel había intentado por dos veces invadir a Santo Domingo; el segundo, que el engaño planeado fue el método usado por Castro para tomar el poder en Cuba.

En muchos latinoamericanos de hoy, una especie de duda automática surge al juzgar a las personas y a los movimientos políticos. A falta de pruebas en contrario, el que reclama agresivamente reformas sociales puede ser un comunista oculto del tipo de Castro, Acciones o ideas que favorecen la distribución de tierras, la concentración del poder social en el estado o en un nuevo partido, el debilitamiento del poder militar, el establecimiento de escuelas de prepa-

ración política, aun una actitud independiente u hostil contra los Estados Unidos en su política e intereses hemisféricos, pueden ser síntomas de infiltración castrista.

Las autoridades militares de la República Dominicana —y de los otros países latinoamericanos— miran a Castro con justificada preocupación. "En Cuba, se dicen, los ricos perdieron su riqueza. Los militares, por otra parte, no sólo perdieron su riqueza sino también sus vidas". Esta manera de pensar ha sido quizás ampliamente responsable de los muchos y frecuentes golpes de estado en América Latina desde la llegada de Castro al poder.

Sigue siendo un hecho, y no el menor, que las acusaciones contra Bosch, a quien algunos miraban como a un Castro y otros como a un Kennedy, no llegaron a convencer a la mayoría de los dominicanos. Los discursos que hizo Bosch durante su campaña electoral ganaron a las masas, y en particular a los campesinos, con promesas de progreso social. Lo que dijo Bosch durante la campaña en realidad llevó a muchos trabajadores rurales a creer que podían poseer un lote de tierra inmediatamente después de que él se sentara en el sillón presidencial. Pero, como era natural, principalmente debido a la inexperiencia de la burocracia gubernamental, sus brillantes promesas no podían cumplirse de la noche a la mañana. Algunas de ellas, ciertamente, no eran siquiera capaces de cumplirse.

Como resultado, algunos de los líderes izquierdistas empezaron a temer que los cuatro años de gobierno de Bosch pasarían sin realizarse las reformas que había proclamado tan vigorosamente. En un mitin tenido en el Parque de la Independencia en 1963 por el Movimiento del 14 de junio (agrupación similar al 26 de julio de Castro), la figura principal de la organización acusó a Bosch de no ser un verdadero revolucionario. Estaba pidiendo que los grandes terratenientes dieran algunas de sus propiedades para la reforma agraria, en vez de quitarlas.

A pesar de todo, la popularidad de Bosch continuaba muy alta. Traté con algunos de sus opositores políticos e ideológicos y dijeron que aunque lo encontraban personalmente desagradable, lo respetaban como al Presidente constitucional del pueblo dominicano y lo apoyarían hasta que terminara su plazo.

Me sorprendió algo que un grupo de hombres de negocios y profesionales estrechamente ligados a la clase rica del país fueran opuestos al golpe de estado. Cuando éste se produjo, se encontraron inseguros sobre qué camino tomar y firmaron protestas contra la remoción del Presidente de su cargo por la fuerza de las armas.

Los que propiciaban el golpe, sin embargo, no iban a esperar a que Bosch hubiera perdido la simpatía de las masas y lo depusieron en

septiembre de 1963. No pensaron en la frustración que su acción causaría al pueblo, que por primera vez había elegido un Presidente. Nunca habían oído que la democracia se aprende con la práctica.

Fuera del propio partido de Bosch y del partido de la Revolución Social Cristiana (que es tal vez el grupo más auténtico de los que en Santo Domingo siguen la línea de los demócratas cristianos), los otros partidos, aunque juntos representaban sólo una minoría de los votos, se pusieron del lado de los militares y contra Bosch. No podían ver que una oposición responsable puede servir para suavizar los errores administrativos sin derribar a gobiernos representativos.

Cuando por última vez visité la República Dominicana en enero, observé que el descontento había crecido considerablemente durante mi ausencia de cuatro meses. Lo que la gente criticaba más era el escandaloso contrabando que seguía bajo la protección y aun con la connivencia de altos jefes militares. Pero detrás de toda la crítica había un resentimiento en aumento contra los militares y un deseo por parte del pueblo de ser gobernados por un régimen constitucional. Bosch era todavía una figura popular. En mi opinión, si se hubieran tenido elecciones entonces, hubiera ganado de nuevo.

El 24 de abril de este año, cuando estalló la insurrección militar y amenazó derribar la junta de gobierno que lo había sucedido, Juan Bosch, en su destierro de Puerto Rico, se adelantó a decir que iría a Santo Domingo tan pronto como las circunstancias lo permitieran. Su apresuramiento quizás podía comprenderse, pero una mayor discreción le hubiera permitido fortalecer su mano. Hubiera sido mejor consejo para él no decir nada por el momento y esperar a una invitación oficial del lado ganador para regresar y reasumir sus funciones de Presidente.

Cuando el lunes 26 de abril se anunció que los rebeldes estaban llamando a Bosch para que volviera al país, pareció claro que la nación se encaminaba a una guerra civil. Pronto empezó la lucha entre los dominicanos. La facción anti-Bosch bombardeó edificios en Santo Domingo. Se dieron armas a los civiles. Cientos de muertos y de heridos yacían en las calles.

En este momento, Bosch pudiera haberse sacrificado por su país. Los ciudadanos dominicanos estaban derramando su sangre por las calles, mientras luchaban por un nombre, el nombre de Juan Bosch. Si él entonces hubiera renunciado a sus legítimas aspiraciones, el río de sangre probablemente hubiera cesado. Ambos partidos en la lucha parecían admitir que la junta de Reid Cabral había sido definitivamente eliminada y que había que reconocer al antiguo presidente del senado, Molina Ureña, como al Presidente constitucional. Así el principio de constitucionalidad, por el que Bosch estaba lu-

chando, parecía haber sido salvado.

Después hubiera habido tiempo para discutir dos puntos importantes: 1) quién debía recibir los puestos de dirección en las fuerzas armadas, ya que los oficiales que habían armado el golpe de 1963 no podían seguir en el mando; y 2) cuándo y bajo qué condiciones Juan Bosch debía volver al país.

Una renuncia patriótica por parte de Bosch ante el derramamiento de sangre lo hubiera puesto indudablemente por encima y más allá de lo que estaba sucediendo. También pudiera haberlo restaurado eventualmente en la Presidencia. Pero Bosch no hizo su renuncia a tiempo.

Días más tarde, Bosch tuvo que renunciar a sus reclamaciones, de todas maneras, bajo la presión de los acontecimientos. El Coronel Francisco Caamaño Deñó, un militar apoyado por los votos del Congreso Dominicano, tomó el lugar de Molina Ureña, quien buscó refugio en una embajada extranjera. El también reclamaba, con el consentimiento de Bosch, ser el sucesor de éste como presidente constitucional.

Hoy indudablemente Bosch está lejos de la Presidencia. Se ha derramado mucha sangre, se ha engendrado mucho odio. Además, los marinos de EE. UU., y más tarde la OEA han intervenido militar y diplomáticamente en el país, que se encuentra en un estado caótico.

El comunismo —mientras Bosch lo niega y Caamaño lo afirma—, ha entrado en el movimiento rebelde y lo influye fuertemente. Bosch, desde Puerto Rico, dice ser prisionero de los Estados Unidos y en su frustración está profetizando una revolución democrática en todos los países de América Latina.

Supongamos que la paz se consigue en Santo Domingo. ¿Puede tratarse de elecciones democráticas en el país, si a Bosch no se le permite ser candidato? Mientras Bosch no vuelva, el partido revolucionario dominicano, el partido de la mayoría popular, nunca consentirá en elecciones. Las consideraría una farsa.

Bosch difícilmente declinaría presentarse para la Presidencia ahora. Y si realmente regresara como candidato, probablemente sería elegido. Sin embargo, sería el mismo Bosch de siempre: indeciso en sus ideas y sus acciones, romántico e impráctico, e incapaz de ver claramente la extensión de la infiltración comunista. Podía, al mismo tiempo, ser un Bosch amargado por hondas frustraciones, aunque engreído por su triunfo final — un Bosch profundamente antinorteamericano, un Bosch que era apoyado por los comunistas en el período más crucial de su vida política.

Complicada como es la situación en la República Dominicana hoy en día, el futuro parece todavía más oscuro. Y Bosch seguirá jugando un papel especial. (1)

(1) Véase "América" 5 Junio 65.